

Nunca hubo música para Hurbinek. Algunas consideraciones sobre “El efecto Hurbinek” de Oscar Strada Bello.

Por José Guillermo Martínez Verdú*.

Es por la insistencia del Otro que Hurbinek articula esos vocablos, por el deseo de Henek, pero por más que se proponga “*la magna tarea de transferirle el significante que lo convirtiera en un parletre*”, ya es tarde: “*un poder bestial le había exiliado*”, dice Oscar, citando a Primo Levi y añade: “*Hurbinek era el nombre que sustituía a la falta de nombre, Hurbinek era la metáfora significativa del sinnombre*”. Por más que su auditorio intente descifrar un sentido a “*massklo o matiska*”, es decir otorgarle un sentido (en la medida en que el sentido proviene del Otro), eso no será posible porque su vocablo no tiene valor de palabra. El vocablo está “fuera de sentido”, sí, pero en este caso ni siquiera se trata de un goce fuera de sentido, porque hasta el goce es creado por la palabra, pues es el significante lo que crea lo real. De ahí su función apofántica o performativa. Si hubiera una palabra ya podría haber un goce del Otro “fuera de sentido, fuera de simbólico”, al decir de Lacan en *La tercera*, como puede sucederle a un psicótico que se encuentra inerme frente al Goce del Otro y su dicho puede ser esquizofrénico como cuando Lacan en el *Distraidicho* se refiere al “dicho esquizofrénico sin el auxilio de un discurso establecido” (o algo así).

Quizá con su vocablo intenta llegar a ese punto no loco sino esquizofrénico de la palabra, pero le es inaccesible, le está vedado porque ni siquiera tenía cuerpo. El don que le fue otorgado al darle un nombre quedó como Oscar dice sin un S_2 para el cual ser representado. Es tarde incluso para que su nombre tenga valor de un S_1 que lo represente como sujeto. Es solamente para el nombrante que tiene un valor de S_1 que no alcanza para tocarle. No sé si siquiera puede pensarse en el autismo en el que pudiera darse un “dicho autista” (?), aquí sí, fuera de sentido, en tanto un significante del Otro, un S_1 fruto del deseo del Otro pudiera llegar a tocarle el cuerpo (y por tanto otorgarle el cuerpo que Hurbinek no tiene, ya que como dice Oscar no va más allá de la “libra de carne”), estableciéndose al menos un Goce Otro, por más que ni alienación ni separación hayan funcionado ni establecido un fantasma y quedado alejado tanto del goce pasado por los desfiladeros del significante (Goce fálico) como del plus de Goce. Es que quedó fijado en ese momento en el que Lacan dice que el infans “*no era absolutamente nada*” (Lacan, *Posición del inconsciente*.1966)

Es que ni siquiera puede pensarse en un *grito autista* de terror porque ni siquiera habría ese borde al que retorna el goce, según la teorización de E. Laurent (*La batalla del autismo: de la clínica a la política*. Buenos Aires Grama, 2013). Por más que Henek le otorgara un nombre y se ocupara humanamente de él con su muy loable deseo de intención humanizante (que según Primo Levi era más bien materno que paterno), ya era

* José Guillermo Martínez Verdú. (APdeBA, IPA – Universidad de Valencia - UNED) Dirección: C/ Dr. Gómez Ferrer, 13, 19º. 46010 Valencia. Tel.: +34 619 889 566. C.e.: J.Guillermo.Martinez@uv.es // martiver@cop.es.
Web: [Psicoanálisis en la Universidad \(Ritmos Freudianos\)](http://Psicoanálisis en la Universidad (Ritmos Freudianos)).

tarde: había quedado excluido de ser inscrito en el campo del Otro. Con ese infans los nazis, perversamente empoderados y ubicados en el lugar del padre de la horda, habían conseguido lo que pretendían para el pueblo judío, para los gitanos, para cualquier *divergente* (como en la película de ese título): **forcluirlo absolutamente de la humanidad.**

Por otra parte, como dice Jaime Szpilka (*Creer en el Inconsciente &&*), *antes de la palabra no hay nada que decir*, (es decir no hay nada, ni siquiera un goce en lo real, añadido yo) y *después nunca se puede terminar de decir*, o bien, *porque se dice no se puede decir*.

A partir de ahí es lo que Strada comenta en un trabajo anterior (*La locura de la dialectización necesaria*): “Para el psicoanálisis el sujeto no sabe nada de la verdad, en todo caso que no puede ser dicha toda, que nadie sabe lo que está diciendo cuando habla, ni del sinsentido que habitan las palabras que profiere.

La única verdad del psicoanálisis es el encuentro traumático con lo Real.”

O expresado de otro modo: es que para un sujeto (con estatuto, claro, de sujeto sujetado), el paraíso perdido, lo que creía con la certidumbre de todos los significantes amo “*antes no fue y después ya no puede ser*” (de nuevo Szpilka). Es que para Hurbinek sí: *antes fue y después seguirá siendo... un puro objeto de deshecho* (lo dice Levi con todas las letras). Resto de la unión de una apestosa judía-gitana y un megalómano nazi de raza superior.

En la excelente película de “Adam resucitado” que está basada en la igualmente excepcional novela “*El hombre perro*” del israelí Yoram Kaniuk vemos a Adam que había sido reducido a no ser más que un perro para el comandante del campo de exterminio y a comportarse a cuatro patas como tal y roer huesos, junto a Rex, su pastor alemán, para entretenerle (al menos era un perro, era algo, y mucho más que el resto de prisioneros del campo). Del mismo modo, era obligado a tocar el violín mientras sus congéneres y su misma familia eran conducidos a los hornos crematorios. Adam, posteriormente ingresado en un hospital psiquiátrico para supervivientes del holocausto en Israel, se empeña (y lo consigue, dado que es una ficción) en rehabilitar a un niño-perro que se creía perro al haber sido criado como tal desde que nació, con su collar y siempre atado con una cadena. Lo consigue con ayuda de su deseo extraordinariamente poderoso. Es que Adam tenía determinados poderes: el poder de empatizar e influir sobre los demás, incluso sobre los animales; el poder tanto de enfermar destrozándose su cuerpo y recomponerse después, como de morir y resucitar. Pues con su poderoso deseo y ayudado de una máquina de escribir (y la música de un radio-transistor, en la novela) consigue transformar a ese niño-perro en un niño-hombre, mientras los flash back en blanco y negro, van mostrando la aberrante condición humana de los nazis (sí y digo “humana” porque no existe otro animal más que el animal humano que tal cosa hiciera nunca) que se empeñan en todo lo contrario que Adam: mientras éste intenta hacer un sujeto del niño-perro, aquellos intentan borrar todo rastro de subjetividad de los prisioneros del campo.

En Hurbinek es cierto que hay un significante que le nombra, pero para él no puede ser performativo (en el sentido de Austin), solo para el Otro tiene valor de nombre propio, como muestra Strada con el poema de Borges. Para Hurbinek queda como un significante

en un real tan alejado que ni siquiera podrá retornar, para intentar dejarle huella, vía alucinatoria. Es como cuando en la peli de G. Romero “*El día de los muertos*” (como también en una de la saga de *Resident Evil* o de los *Walking dead*) tratan de dar nombres y “educar a un zombi, a un muerto viviente que por más que se mueva, camine y se coma a los vivos, no está sino más que muerto. Más que muerto en lo real: real, aún más allá de la pulsión de muerte y más allá de lo real del goce, diría yo.

Si como Strada nos dice en la cita del trabajo anterior, “*La única verdad del psicoanálisis es el encuentro traumático con lo Real*”, para Hurbinek ni siquiera se dio dicho traumático encuentro. En el mencionado trabajo señala Oscar: “*A partir del momento en el que todo ser humano será mortificado por el significante para convertirse en un ser parlante tendrá irremediabilmente que entrar en una dialéctica con el Otro que no existe, pero tendrá que hacerlo existir al menos, para advenir otra cosa de aquello que era y poder acceder a la categoría de sujeto*”. Ahora nos muestra que nada, absolutamente nada de eso se da en Hurbinek: nunca fue ni podía ser ya mortificado por el significante. Por ello (y siento disentir) es difícil admitir que “*La palabra pronunciada por Hurbinek, se repetía como un juego gozoso que funcionaba como un objeto oral, instalando un objeto voz, por primera vez*”. Es que eso implicaría ya al *Fort-Da* y al corte del objeto a, de un objeto anterior de pulsión oral (seno) o invocante (voz) que difícilmente se habría constituido en ese, no voy a decir en ese viviente sino en ese muerto-vivo (W. Baranger), o mejor, *no-muerto-no-vivo*.

Pues no, nada de preconcepciones nada de elementos beta y ningún rudimento de alfa. Creo que en Bion quedaría como algo completamente fuera de la tabla, incluso de la negativa, ningún “elemento” ni categoría ubicable en cualesquiera de las casillas: abandonado en un sótano oscuro como un puro ente de deshecho, como una nada, jamás había existido un *holding* (Winnicott), un deseo del Otro que le sostuviera, una envoltura **sonora** (D. Anzieu) de significantes que delimitaran piel y formaran un cuerpo. Ni rastro de algo asimilable a una “realización original” No: **¡no hubo música para Hurbinek!**

Hurbinek me hace recordar a los niños mencionados por Rene Spitz con hospitalismo que llegan a morir a pesar de tener cubiertas todas sus necesidades fisiológicas (pero no las afectivas).

También están los niños del experimento de la lengua original que, si no recuerdo mal, menciona Umberto Eco. Resulta que en época medieval se debatía cual sería la lengua original, la lengua anterior a la Torre de Babel. En general se pensaba que el hebreo era la lengua original. A un rey, creo que de Francia se le ocurrió el siguiente experimento: Llevó a una cierta cantidad de niños recién nacidos a una isla con cuidadores que tenían prohibido hablarles pero que tenían que satisfacer todas sus necesidades de alimento higiene, calor, etc. No podían decirles ni una sola palabra ya que de ese modo los niños no serían influidos y, por sí mismos, hablarían la lengua original. Bueno, pues uno tras otro, todos fueron muriendo hasta no quedar ni uno. Es que el infans necesita de las palabras, necesita de los significantes que transportan afecto, de esa envoltura sonora de la voz materna, de la música de las canciones de cuna, como diría Eugenio Cornide &&, o del deseo del Otro sin lo cual no hay sujeto. Porque como dice Oscar “*La palabra puede tener un valor de intercambio o también puede tener un valor de goce que se imponga sobre todas las significaciones y se torne en una palabra autónoma que no*

remita a un S2 y que se imponga como una jaculatoria pulsional”. Es que, por más idas y venidas y vericuetos que Lacan formule en el seminario XI para demostrarse freudiano, en él la pulsión ya no es un concepto límite entre lo psíquico y lo somático no es algo que pueda estar contenido en un *Ello* más o menos instintual, sino que lo que Lacan muestra con el recorrido de la pulsión es que plenamente la pulsión proviene del Otro. Y, si tuviera que pensarlo desde Bion, la misma pulsión parece provenir de la función alfa materna.

Si al menos hubiera sido abandonado en el bosque y criado por lobos, habría andado, corrido y saltado a cuatro patas, quizá por *mimetismo* o *psicastenia legendaria* en el sentido de Roger Callois o, tal vez habría tenido la posibilidad de cierto “adiestramiento”, como Víctor, el pequeño salvaje de Itard o el resto de niños lobos, incluso actuales, en ninguno de los cuales llega a instalarse la palabra, por más esfuerzos pedagógicos que se realizan. Tal vez hubo algo antes de ser abandonados, ciertos *esbozos* de alienación, de lo simbólico (aunque no separación) que permitiera ciertas precarias identificaciones visuales y auditivas con los animales del entorno. Pero hasta eso estuvo ausente en Hurbinek.

No hay pulsión en Hurbinek (ni de vida ni de muerte), como tampoco en los muertos vivientes de Romero. Creo que Oscar lo muestra bien a las claras: “*No había un enunciado claro, pero sí enunciación. Hablar para el psicoanálisis es renunciar al goce del viviente y abrirse al Otro. Hablar va ligado a la condición de sujeto, por eso era decisivo descifrar esa palabra sin sentido o poder atribuir a esos vocablos la condición de la palabra, y los escuchantes debían poder sancionar si era o no una palabra que se abriera a algún sentido. Querían poder elevar los vocablos a la dignidad de la palabra*”

“*Elevar los vocablos a la dignidad de la palabra*”. ¿No suena eso a un parafraseo de Lacan en el *Seminario de la Ética* cuando hablando de la sublimación la define como “*elevar el objeto a la dignidad de la cosa*”? Estaríamos en el terreno de la simbolización, de la represión originaria o de la primaria *ürverdrangung* que ni por asomo actuó en Hurbinek: una especie de necesaria operación de *ürsublimierung*, contemporánea de la alienación y separación para la creación de un fantasma fundamental.

Es cierto, como dice Oscar, que “*Masskle interroga la relación entre el Uno y la Letra, que responde a campos divergentes. Por un lado el campo del significante y por el otro el campo del goce*”. Sí, es cierto para nosotros, pero no para Hurbinek, porque es su vocablo lo que nos interroga y nos cuestiona; cuestiona nuestras certezas y pone en tela de juicio a todos nuestros significantes amo. Lacan lo dice en La Conferencia en Ginebra sobre el síntoma &&: “*aquello que en ese entonces no era absolutamente nada*”, Termina Strada: “*Masskle es la cifra de un goce indescifrable Masskle interroga sobre lo que hablar quiere decir tomado al pie de la letra. Masskle es una forma del Uno encarnado en lalengua*”. Radicalmente de acuerdo, Oscar. Y al mismo tiempo recordando que en el Seminario 19 (...o peor) parece que Lacan && en su examen del Uno en el Parménides de Platón, análogamente a Plotino, se decante finalmente por el *Uno indeterminado*, es decir se decante hacia lo real, descartando hasta el rasgo unario como Uno simbólico o significante. Era un algo que “*no era absolutamente nada*”, insisto con Lacan. Un goce indescifrable, para nosotros, sí, pobres humanos incapaces de aceptar la función afanística de la palabra, o lo que es lo mismo, la *inadequatio rei et intellectum* (Szpilka). Sabemos que muere a los dos meses de la liberación pese a los esfuerzos de

todos por humanizarlo y ¿quién sabe si habría vivido más sin salir de su sótano? Una nube de incertidumbre nos envuelve, porque ¿qué de la vida o de la muerte, de la infinitud o de la finitud para un zombi? Nada para Hurbinek, ni lo real ni el goce: nada. Repito: *nunca hubo música para Hurbinek*. Y precisamente por eso su historia, como dices, nos interroga y nos interrogará siempre sobre cualquier tipo de certidumbre; nos interroga y nos interrogará siempre sobre lo que para nosotros hablar quiere decir. *Eso nos martiriza: el efecto Hurbinek*.

Gracias Oscar.

Valencia, 21 de Febrero de 2024.

Alicante, 3 de Abril de 2024.